

de haber pasado cerca de cinco años á bordo de este encantador barquito.

Ha concluido nuestro viaje; sólo me queda echar una rápida ojeada sobre las ventajas y desventajas, los trabajos y las satisfacciones de nuestra navegación alrededor del mundo. Si se me preguntase mi opinión antes de emprender un viaje largo, dependería por completo mi respuesta de las aficiones que el viajero tuviese por tal ó cual ciencia y de las ventajas que pudiese obtener bajo el punto de vista de sus estudios. Es indudable que se experimenta viva satisfacción, contemplando países tan diversos, pasando, digámoslo así, revista á las diferentes razas humanas; pero esa satisfacción no compensa ni con mucho las penalidades. Se necesita, por consiguiente, que haya un objeto, ya sea un estudio que completar, una verdad que descubrir, y que el objeto, en fin, tenga interés bastante para sosteneros y alentaros.

En efecto, es evidente que se empieza perdiendo mucho; hay que separarse de los amigos; hay que romper lazos que os unen con tantos recuerdos queridos... Es verdad que os alienta, hasta cierto punto, la esperanza de volver; porque sí, como dicen los poetas, la vida es un sueño, estoy seguro de que las visiones del viaje son las que más ayudan á pasar pronto una noche larga. Otras privaciones, que al principio no se sienten, producen pronto un gran vacío alrededor nuestro: la falta de una habitación independiente, donde poder descansar y recogerse; la sensación de prisa permanente; la privación de ciertas comodidades, la ausencia de la familia, la absoluta falta de mú-

sica y de otros placeres que distraen la imaginación. No hay para qué decir, al hablar de cosas tan insignificantes, que se está habituado ya á las molestias reales de la vida de marino y que no se teme ya nada á excepción de los accidentes propios de la navegación. En estos sesenta últimos años se han hecho, en realidad, mucho más fáciles los viajes lejanos. En tiempo de Cook, el que dejaba su casa para emprender tales expediciones se exponía á las más duras privaciones. Hoy puede darse la vuelta al mundo en un *yacht*, donden pueden disfrutarse las comodidades más exquisitas. Además de los progresos realizados en la construcción de los buques, sobre los progresos en los recursos navales, están bien conocidas todas las costas occidentales de América, y es ya Australia país civilizado. ¡Qué diferencia no hay entre un naufragio en el Pacífico hoy, y en la época de Cook! ¡Desde los viajes de éste, todo un hemisferio ha entrado en la vía de la civilización!

El que se maree, mire despacio lo que hace antes de emprender un viaje largo. No es enfermedad de que se vea uno libre en pocos días; y hablo por experiencia. Si, por el contrario, se tiene afición al mar, si interesan las maniobras de á bordo, hay seguridad de tener en qué ocuparse; pero no debe olvidarse que son muchos menos los días de escala en los puertos en comparación de los muy largos paseos por el mar. ¿Y qué son, después de todo, las tan decantadas bellezas del inmenso Océano? El Océano es una soledad angustiante, un desierto de agua, como lo llaman los árabes. Cierto es que ofrece algunos espectáculos dignos de admirarse, como, por ejemplo, una noche de luna, en que brillan en el cielo innumerables estrellas y los vientos alisios hinchon las blancas velas del buque; ó

la calma perfecta, cuando el mar está liso como un espejo, todo tranquilo y apenas si el menor soplo hace oscilar las velas que cuelgan inútiles de los respectivos palos. También es hermoso presenciar los comienzos de una borrasca, cuando el viento levanta olas como montañas; pero, ¿lo diré? me había figurado algo más grandioso, más terrible. Una tempestad vista desde la costa, con los árboles doblados por el viento, los pájaros luchando trabajosamente, el brillo de los relámpagos y el ruido de los torrentes que indican el batallar de los elementos, ofrece, en realidad, mucho más hermoso cuadro. En el mar parecen hallarse muy á gusto los albatros y los petreles; sube y baja el agua como si llenase su misión acostumbrada; barco y tripulantes parece que son objeto único del furor de los elementos. Indubablemente es distinto el cuadro, presenciado desde lo alto de una costa salvaje y produce entonces impresión mucho más profunda.

Volvamos la vista ahora á cosas más agradables de la escena. El placer que nos ha causado el aspecto general de los diferentes países que hemos visitado ha sido, sin disputa, el más constante manantial de nuestras satisfacciones. Es más que probable que la pintoresca hermosura de muchos puntos de Europa sea superior á todo lo que hemos visto; pero siempre se experimenta cierto placer comparando los caracteres de los diferentes países, cosa que difiere en cierto modo de la admiración que despierta la simple belleza. Depende, en primer lugar, ese placer del conocimiento que pueda tenerse de las regiones especiales de cada país. Por mi parte, me inclino mucho á creer que una persona que conozca la música como para poder apreciar cada nota aislada, apreciará mejor el conjunto en un concierto, si tiene buen gusto; así

como el que pueda apreciar en detalle todas las partes de un paisaje está más en condiciones de formar idea del total. Un viajero debe, pues, ser botánico; porque en todos los paisajes, el más hermoso ornamento lo forman las plantas. Los grupos de rocas pedregadas, aunque afecten las formas más agrestes, pueden presentar sublime aspecto por unos instantes; pero este espectáculo no tarda en resultar monótono. Revístanse esas rocas de colores espléndidos, como en Chile septentrional, y tendremos una escena fantástica; pero cúbrase de vegetación, y nos dará un cuadro admirable.

Cuando he dicho que los paisajes de muchos lugares de Europa son quizá más pintorescos que todo lo que hemos visto, entiéndase bien que exceptuamos las zonas intertropicales. Hay allí paisajes de todo punto incomparables; pero ya he tratado de indicar varias veces cuál es el género de grandeza de aquellas regiones. La fuerza, la viveza de las impresiones, depende la mayor parte de las veces de las ideas previas. Puedo asegurar que he agotado mis ideas repasando las narraciones personales de Humboldt, cuyas descripciones superan á cuanto de más mérito he leído; y sin embargo, á pesar de las ilusiones que yo había creído forjarme, no he experimentado el más mínimo desencanto al desembarcar en el Brasil.

Entre los cuadros que más honda impresión han causado en mi espíritu, ninguno tan sublime como el aspecto de las selvas vírgenes en que no hay ni vestigios de paso del hombre; sean éstas las del Brasil, donde domina la vida en toda su exuberancia, sean las de la Tierra del Fuego, donde se enseñoorea la muerte. Ambas son dos verdaderos templos llenos de todas las producciones del Dios naturaleza. Creo que

no hay nadie que pueda penetrar en estas soledades inmensas sin experimentar viva emoción y sin comprender que hay en el hombre algo más que la vida animal. Cuando evoco los recuerdos del pasado, se representan en mi memoria muchas veces las llanuras de la Patagonia, á pesar de la conformidad en que se hallan todos los viajeros en afirmar que aquello no son otra cosa que miserables desiertos. Casi no pueden atribuírsele sino caracteres negativos; no hay, en efecto, habitaciones, agua, árboles ni montes; apenas se hallan algunos arbustos raquíuticos. ¿Por qué, pues, han hecho en mí, y no soy único ejemplo, tanta impresión aquellos desiertos? ¿Por qué las pampas, todavía más llanas, aunque más verdes y más fértiles y que por lo menos son útiles al hombre, no me han producido impresión semejante? No trato de analizar estos sentimientos, pero en parte deben provenir del libre campo abierto á la imaginación. Las llanuras de Patagonia son ilimitadas; apenas puede atravesárselas; por eso son tan desconocidas; parece que desde hace siglos deben hallarse en el estado en que hoy se ven y que para siempre han de seguir sin cambio alguno en su superficie. Si, como suponían los antiguos, fuese la tierra plana y rodeada por una faja de agua ó por desiertos, verdaderas hornazas, imposibles de atravesar, ¿quién dejaría de experimentar profunda, aunque indefinida sensación, al borde de esos límites impuestos á los conocimientos humanos?

Quédame que señalar bajo el punto de vista pintoresco, el panorama que se desarrolla á los pies del viajero situado en la cima de una montaña elevada. El cuadro bajo ciertos puntos de vista, no es, en realidad hermoso, pero el recuerdo que deja impreso

perdura largo tiempo. Cuando, llegado á la más alta cresta de la cordillera, por ejemplo, miramos á nuestro alrededor, quedamos estupefactos, por el des- embarazo de los detalles y las dimensiones colosales de las masas que nos rodean.

Respecto de los seres animados, nada causa tanta extrañeza como los salvajes, es decir, el hombre en estado ínfimo. Se remonta el espíritu hacia el pasado y no puede menos de preguntarse si nuestros primeros antecesores se parecerían á estos hombres, cuyos signos fisionómicos son para nosotros menos inteligibles que los de los animales domésticos; á estos hombres, que no tienen el instinto de esos animales, pero que tampoco parecen participar de la razón humana, ó al menos de las artes que de ella se desprenden. No creo posible describir la diferencia que existe entre el hombre salvaje y el civilizado. Puede decirse, sin embargo, que es casi la misma que se encuentra entre el animal silvestre y el doméstico. Gran parte del interés que encontramos contemplando á un salvaje es el mismo sentimiento que nos impulsa á ver un león en el desierto, el tigre desgarrando su presa sobre el terreno, ó el rinoceronte vagando por las ignotas llanuras del Africa.

También pueden contarse entre las escenas magníficas que hemos tenido ocasión de contemplar la Cruz del Sur, la Sombra de Magallanes y las otras constelaciones del hemisferio austral; los ventisqueros que llegaban hasta el mar y á veces caían verticalmente sobre él, las islas de coral construidas por corales vivos; los volcanes en actividad; los efectos aterradores de un terremoto. Estos últimos fenómenos tienen quizá para mí atractivo especial por estar íntimamente ligados á la estructura geológica del globo. Sin em-

bargo, para todo el mundo debe ser el terremoto sucesivo capaz de producir impresión profunda. Acostumbrados desde la infancia á considerar la tierra como el tipo de la solidez, sentirla oscilar bajo nuestros pies como pudiera hacerlo una delgada película; ver las más sólidas y más soberbias obras del hombre derruidas en un instante, ¿cómo no han de hacer sentir la pequeñez de esta pretendida potencia de que tan orgullosos nos mostramos?

Se dice que la afición á la caza es una pasión inherente al hombre, último vestigio de un instinto poderoso. Si esto es así, estoy seguro de que el placer de vivir al aire libre con el cielo por techo y el suelo por mesa, forma parte de ese mismo instinto: el del salvaje vuelto á sus costumbres primitivas. Recuerdo siempre mis excursiones en lancha, y mis viajes á través de los países no habitados con una satisfacción que no me hubiese producido ninguna escena civilizada. Es indudable que todos los viajeros recuerdan con vivísima satisfacción las sensaciones que han experimentado al verse en medio de un país en que ó no ha entrado nunca ó rara vez penetró el hombre civilizado.

Un viaje largo tiene otros muchos motivos de satisfacción de naturaleza más razonable. El mapamundi deja de ser una vana imagen para un viajero y se convierte en cuadro cubierto de las más animadas y diversas figuras. Cada porción de ese mapa recobra las dimensiones que le corresponden; no se miran ya los continentes como pequeñas islas, ni éstas como puntitos, sino que muchas se ven como realmente son, mayores que muchos reinos de Europa. Africa, Norte-América, Sudamérica, son nombres sonoros que se pronuncian con facilidad; pero sólo después de haber

navegado durante semanas enteras á lo largo de sus costas, se llega á comprender cuán inmensos espacios implican estos nombres en nuestro globo.

Cuando se considera el actual estado del hemisferio austral, no se puede menos de esperar mucho respecto de su futuro progreso. No creo que puede hallarse en la historia ningún simil de los progresos del hemisferio austral, y que tan de cerca han seguido á la introducción del cristianismo. Tanto más notable es el hecho cuanto que apenas hace sesenta años, un hombre cuyo excelente juicio no puede ponerse en duda, el capitán Cook, no preveía cambio semejante; á pesar de lo cual se han realizado por el espíritu filantrópico de la nación inglesa (1).

Australia viene á ser, en el mismo hemisferio, un gran centro de civilización, é indudablemente será dentro de poco la reina de esta mitad del mundo. No puede un inglés visitar estas colonias sin sentirse orgulloso y satisfecho. Izar en cualquier parte la bandera inglesa es asegurarse de que se llama allí la prosperidad, la civilización, la riqueza.

En resumen; paréceme que nada hay tan provechoso para un naturalista joven, como un viaje por apartadas tierras; satisfaciéndolo en parte, afina ese ardor, esa necesidad de saber, que, según sir J. Herschel, tiene en sí todo hombre. La novedad de los ob-

(1) Este sentimiento de filantropía de los ingleses me parece del mismo género que la *afición á las cuerdas* de aquel mozo del cuento, que robó una, de la cual iba atada una mula, que no era, sin embargo, la más negra. Esta filantropía inglesa es la mejor prueba que puede aducirse de que, como hemos dicho en nuestro *Estudio sobre el valor económico de la vida y la salud*, el hombre tiene además de su valor moral incalculable, un valor material nada pequeño, que hacemos mal en despreciar los españoles.—
Dr. Avilés.

jetos, la posibilidad de los éxitos, comunican al joven sabio doble actividad. Además, como un gran número de hechos aislados no tarda en perder todo interés, se dedica á compararlos y llega á generalizar. Por otra parte, como el viajero, fuerza es decirlo, permanece poco tiempo en cada lugar, no pueden sus descripciones cargarse de detalles de observación, de lo que resulta, y esto me ha costado muy caro, que siempre se está dispuesto á reemplazar los conocimientos que faltan con hipótesis poco fundadas.

Pero me ha proporcionado tan grandes alegrías este viaje, que no dudo en recomendar á todos los naturalistas, aun cuando no puedan lograr tan amables compañeros como los míos, que viajen á todo trance y emprendan excursiones por tierra, si es posible, ó sino largas travesías. Se puede estar seguro, salvo en casos extremadamente raros, de no tener demasiadas dificultades graves que vencer, ni grandes peligros que afrontar. Ejercitan estos viajes la paciencia, borran todo rastro de egoísmo, enseñan á elegir por uno mismo y á acomodarse á todo; en una palabra, dan las cualidades que distinguen á los marinos. También enseñan los viajes un poco á desconfiar, pero permiten descubrir que hay en el mundo muchas personas de corazón excelente, dispuestas siempre á servirnos aun cuando no se las haya visto jamás ni deban volverse á encontrar nunca.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

INDICE

	Págs.
CAPÍTULO XI.—Estrecho de Magallanes.—Puerto-Desolación.—Ascensión al monte Taru.—Bosques.—Setas comestibles.—Zoología.—Inmensa planta marina.—Salida de la Tierra del Fuego.—Clima.—Arboles frutales y producciones de las costas meridionales.—Altura de la línea de nieves perpetuas en la cordillera.—Descenso de los ventisqueros hacia el mar.—Formación de las montañas de hielo.—Acarreo de los bloques de piedra.—Clima y producciones de las islas antárticas.—Conservación de los cadáveres helados.—Recapitulación.....	5
CAP. XII.—Valparaíso.—Excursión al pie de los Andes.—Conformación del suelo.—Ascensión á la Campana de Quillota.—Masas de gres fraccionado.—Inmensos valles.—Minas.—Condición de los mineros.—Santiago.—Baños calientes de Cauquenes.—Minas de oro.—Molinos para pulverizar.—Piedras perforadas.—Costumbres del puma.—El turco y el tapaculo.—Pájaros moscas.	35
CAP. XIII.—Chiloé.—Aspecto general.—Excursión en lancha.—Indígenas.—Castro.—Zorro doméstico.—Ascensión al <i>San Pedro</i> .—Archipiélago de las Chonos.—Península de Tres Montes.—Cadena granítica.—Marineros naufragos.—Puerto de Losse.—Patata silvestre.—Formación de la turba.—Myopotamus, nutria y ratón.—El tuyu y el pájaro ladrador.— <i>Opetioryncus</i> .—Carácter especial de la mitología.—Petreles.....	64
CAP. XIV.—San Carlos, Chiloé.—El Osorno en erupción al mismo tiempo que el Aconcagua y el Coseguina.—	